

Crisis, guerras y procesos negociadores en el Medio Oriente. Viejos y nuevos retos para la comunidad de inteligencia de Estados Unidos



Wars, crisis and negotiating processes in the Middle East. New and old Challenges for the U.S. Intelligence Community

---

**B R E C H A S**

---

*El artículo aborda cómo los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 han repercutido en el debate sobre la seguridad que se venía desarrollando en la llamada “posguerra fría” dentro de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, indicando que parece ser mucho más útil dar continuidad y prioridad a enfoques tradicionales en materia de inteligencia y contrainteligencia que a alternativas de seguridad con carácter unilateral y de escaso consenso internacional, predominantes en los inicios de la administración Bush.*

*También trata algunos de los elementos fundamentales relacionados con el conflicto Afganistán-Al Qaeda-Bin Laden, las complejidades y exigencias presentes en la lucha contra las múltiples manifestaciones de terrorismo, así como el papel central que muchos estados del Oriente Medio podrán desempeñar dentro de la actual estrategia de política y seguridad estadounidense para la región.*

*La tercera parte se dedica a analizar la agudización de la crisis palestino-israelí; señala la importancia del desarrollo de coordinaciones bilaterales entre sus respectivos órganos de seguridad como mecanismo clave para la recuperación del proceso negociador, y enfatiza el papel que la CIA puede desempeñar como mediador y útil instrumento de la política exterior de Estados Unidos en el área.*

*The article focuses on the September 11<sup>th</sup> impact on the security debate developed inside the U.S.*

*intelligence community during the so called “Post cold war” period. The author thinks that it seems to be much more useful giving continuity and priority to traditional approaches in intelligence and counter- intelligence, instead of developing security alternatives with an unilateral character and no international consensus, predominant in the first months of Bush administration.*

*It also deals with some elements related to the Afghanistan-Al Qaeda-Bin Laden conflict, the complexities and needs of the fight against the multiple forms of terrorism, as well as the central role that many Middle Eastern states can play in the nowadays American political and security strategy towards the region.*

*The third part analyzes the deepening Palestinian-Israeli crisis, the importance of developing bilateral agreements between both security services as a key mechanism for recovering the negotiating process, and emphasizes the role the CIA can play as mediator and useful instrument of the U.S. foreign policy in the area.*

## Crisis, guerras y procesos negociadores en el Medio Oriente. Viejos y nuevos retos para la comunidad de inteligencia de Estados Unidos

---

### L ■ El debate sobre la seguridad

Los ataques terroristas del pasado 11 de septiembre de 2001 contra objetivos altamente representativos en el territorio de Estados Unidos no sólo demostraron notables errores dentro del esquema de seguridad de la mayor potencia mundial, sino que, obviamente, han impactado con notable fuerza en el debate en materia de seguridad que venía sosteniéndose en los años de la llamada “posguerra fría”.

La súbita desaparición de la URSS y del bloque socialista europeo ha provocado un proceso de recomposición de las relaciones internacionales que motivó el surgimiento de nuevas propuestas teóricas al estilo del “fin de la historia” de Fukuyama, el “choque de civilizaciones” huntingtoniano, o del muy optimista “nuevo orden mundial” del ex presidente Bush. No obstante, hemos estado mucho más inmersos en una etapa de reacomodos de poderes y estrategias que, en cierta medida, apuntan hacia una “neoguerra fría”, con un protagonismo central estadounidense en política mundial, pero con un notable “vacío doctrinal estratégico”.

De cualquier manera, toda la discusión filosófica de la última década afectó, en cierta medida, el comportamiento y desarrollo de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos. Se trataron de definir nuevos objetivos, funciones, mecanismos, readaptaciones y reordenamiento de prioridades.

Ya no existía un gran enemigo claro al cual contener o derrotar, no aparecían nítidamente definidas las nuevas amenazas, se proponían inventarios que incluían

---

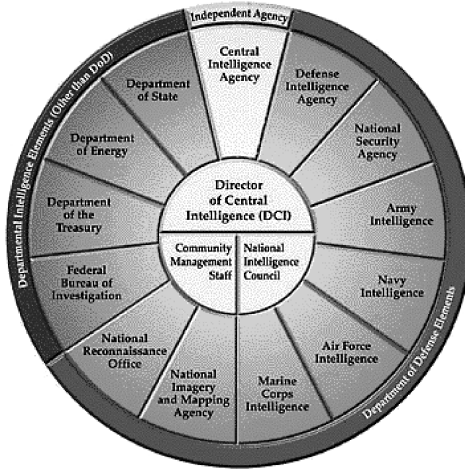
\* El Colegio de San Luis, Docente invitado. Correo electrónico: ceamo@ceniai.inf.cu

desde la necesaria universalización de la democracia y los derechos humanos hasta el combate al narcotráfico. ¿Para qué servían los órganos de inteligencia y contrainteligencia?, ¿a quién habría que espiar?, ¿a Estados o a nuevos actores internacionales tipo ONG?, ¿se haría inteligencia contra países aliados y neutrales o sólo contra enemigos bien definidos?, ¿acaso la generación de alta tecnología por otros aliados debía recibir la atención central de una nueva inteligencia más económica y tecnológica que de enfoque tradicional?, ¿de quién habría que protegerse?, ¿quiénes se atreverían a asumir y presentar los nuevos retos frente al indiscutible liderazgo y protagonismo de Washington?, ¿habrá que seguir destinando importantes recursos financieros a tales labores o éstas pueden ser objeto de recorte presupuestario sin incurrir en ningún tipo de riesgo para la seguridad nacional del país?, ¿habrá que proseguir con operaciones encubiertas y secretas, o será mejor propiciar la transparencia, la desclasificación, la supervisión del Congreso y de la sociedad en general?, ¿habrá que continuar desarrollando siempre acciones de espionaje o sólo en casos en los cuales no exista otra alternativa para garantizar la seguridad nacional?, ¿se necesitaba una nueva ética para el reclutamiento de agentes y la recopilación informativa o se podría seguir tratando, incluso, con cualquier tipo de elemento de naturaleza criminal?

En el aspecto práctico, las contradicciones dentro de las agencias de seguridad y entre ellas se hicieron notables en determinados momentos, ejemplo de lo cual fueron los numerosos cambios de directores de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y del Buró Federal de Investigaciones (FBI), así como los escandalosos casos de espionaje de Aldrich Ames y Robert Hanssen. Y aunque es cierto que la administración Clinton hizo notables esfuerzos por aumentar la cooperación entre agencias, para muchos la “cultura del separatismo” siguió predominando.

La doctrina de los *Rogue States*,<sup>1</sup> las sospechas sobre algunos de sus programas bélicos tanto convencionales como de eliminación masiva, así como de misiles portadores de corto, mediano y largo alcance, contribuyeron a tratar de definir nuevas preocupaciones a las cuales hacer frente. Las advertencias kissingerianas respecto a que “estamos en un mundo con nuevos retos donde las amenazas no son claras”, y sus recomendaciones de actuar con liderazgo, pero en concertación

<sup>1</sup> *Rogue States* (Estados villanos o parias), a saber Iraq, Irán, Corea del Norte, Siria, Libia, Sudán, Cuba. Fueron rebautizados como *States of concern* (Estados de preocupación) en el momento final de la era Clinton.



con otros aliados y sin dejar de tener en cuenta el equilibrio mundial de poderes, fueron dejadas a un lado ante el ascenso de las tendencias cada vez más unilaterales y favorables a un nuevo esquema más autárquico de seguridad.

Si bien estos debates estuvieron presentes durante los años de administración Clinton, se lograron imponer con absoluta nitidez con el ascenso de la administración republicana de George W. Bush. El inmediato desarrollo de una agenda internacional totalmente unilateral, haciendo caso omiso de preocupaciones notables de la comunidad mundial en temas tan diversos como el control de armas o el deterioro ambiental, fue complementado con la casi obsesión de definir a China como el “nuevo enemigo del futuro inmediato”, así como dar continuidad a un tipo de escepticismo antagónico con Moscú. Incluso, el tradicional equilibrio estratégico era totalmente cuestionado y considerado como lógica obsoleta ante la nueva idea del famoso Escudo de Defensa Antimisil, totalmente defendido por el nuevo secretario de defensa Donald Rumsfeld. Washington optaba entonces por un protagonismo central —ya corroborado—, pero ahora añadía un carácter inconsulto, distanciado de organismos internacionales, no muy necesitado de concertaciones con aliados tradicionales, y menos aún de poco atractivos y “exóticos” actores de diversas regiones geográficas.

No obstante, esta resultante estratégica no fue absoluta, sino que en todo momento ha aparecido interactuando con otras tendencias más favorables al lla-

mado “internacionalismo práctico” y a la doctrina militar vigente de *Two major wars*, defendida por otros sectores de pensamiento dentro del Pentágono, mucho más favorables al desarrollo bélico convencional, pero con alta tecnología, y opuestos notablemente al ficticio escenario de un ataque con misiles no convencionales desde algún territorio hostil tercermundista.

Los acontecimientos del 11 de septiembre demostraron cómo fue posible generar una acción de crimen y terror, así como un caos absoluto, a partir del empleo de medios y dinámicas disponibles, cotidianas, sin que fuera necesario adquirir y dominar artefactos más avanzados de acción nuclear, química o bacteriológica. Un elevado grado de conspiración y planificación, junto a un importante financiamiento, y mediante una particular forma de comportamiento humano, llamaron la atención nuevamente respecto a la necesidad de dar continuidad a tradicionales enfoques en materia de seguridad.

Al menos hay que redefinir prioridades, y proyectos más hipotéticos como el del citado escudo antimisil deben dar paso a un reordenamiento y fortalecimiento de mecánicas mucho más cotidianas en los campos de la inteligencia y la contrainteligencia. Así, de nuevo, hemos oído hablar, en las últimas semanas, acerca de la necesaria actividad de recopilación y análisis de información diversa, de infiltración de organizaciones y movimientos sospechosos, de preparación de nuevas oleadas de agentes para contextos y circunstancias diversos, de ciertas reorganizaciones de dirección, supeditación, intercambio y coordinación de trabajos entre sectores de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, etcétera. Además, se han tomado medidas no sólo para incrementar considerablemente los presupuestos para la labor de inteligencia y seguridad, sino también para fortalecer las estructuras formales con la creación de la nueva Oficina de Seguridad Interna, al frente de la cual ha sido designado el ex senador Tom Ridge.

Por otra parte, es más que evidente que el factor energético es de trascendental importancia para la política exterior y agenda de seguridad nacional de la actual administración, por lo que la producción de petróleo y gas mediorientales será seguida muy de cerca por los intereses de la energía bien representados en el actual equipo de poder republicano.<sup>2</sup> Así, los “tanques pensantes” y “fuerzas de tarea”,

<sup>2</sup> Como nunca antes en otra administración, los intereses de las grandes compañías y capitales dedicados al petróleo, el gas, el carbón, la minería y la energía nuclear aparecen directamente representados en las principales figuras del

especialmente creadas para analizar la situación energética, seguirán brindando, mayoritariamente, propuestas favorables a la modificación de las políticas de enfrentamiento con importantes productores del área tales como Irán, Libia e Iraq, y hacia la conformación de nuevas redes de explotación y exportación para los energéticos del Cáucaso y de Asia Central. En tales proyectos, el territorio afgano hace tiempo que es visto como adecuado para construir ductos para la transportación de energéticos hacia el Océano Índico e India, vía Paquistán.<sup>3</sup>

Por lo tanto, es factible pensar que las actuales acciones norteamericanas en Afganistán —destinadas fundamentalmente a responder a los ataques terroristas capturando a Bin Laden, destruyendo *al-Qaeda* y castigando al talibán— puedan encontrar un excelente “subproducto” en el incremento del peso de los intereses estadounidenses sobre el mercado de energéticos en la región.

El actual desenfreno de la administración por la explotación energética no sólo se concentra en el marcado interés en incrementar el consumo de petróleo, gas y carbón, construir nuevas plantas generadoras y perforar en Alaska y en la Cuenca del Golfo de México en aras de hacer disminuir su actual dependencia desde el exterior (56 por ciento), reajustando su actual modelo de seguridad nacional, sino también pretende fortalecer su influencia, actividad de exploración y explotación en cualquier parte del mundo en que se encuentre este tipo de riqueza, por lo que el Golfo Pérsico, el Cáucaso y Asia Central se convierten en zonas de proyección preferencial. Si ya el Golfo Pérsico cuenta con 65 por ciento de las reservas mundiales de petróleo y 34 por ciento de las de gas, los más recientes estudios respecto al Cáucaso y a Asia Central comienzan a mostrar volúmenes muy elevados de reservas que, obviamente, contribuyen a añadir interés en la nueva zona que algunos definen como “Medio Oriente ampliado”.

De cualquier manera, los niveles de dependencia de la economía norteamericana de los energéticos del Golfo son mínimos, pues oscilan entre cinco y 12 por ciento. Mientras Estados Unidos depende mucho más de los energéticos del he-

---

poder. En el caso del petróleo y gas, llaman la atención, obviamente, las tradicionales vinculaciones del presidente Bush (Harken Oil and Gas), del vicepresidente Cheney (Halliburton Co.) y de la asesora de seguridad nacional Rice (Chevron), así como de otros varios secretarios y subsecretarios de Estado.

<sup>3</sup> Hay que tener en cuenta que los principales estudios de factibilidad han sido desarrollados, incluso, en años de gobierno talibán en Afganistán por universidades estadounidenses, y financiados por compañías petroleras de Estados Unidos, siendo UNOCAL la más destacada.

misferio occidental, sí son las economías de Europa y de Japón las que dependen en cifras de 40 y 70 por ciento de la energía del Golfo, y podrán incrementar notablemente en el futuro estos niveles de dependencia de las nuevas zonas de exportación caucásicas y centroasiáticas. Así que, de nuevo, podemos manejar la hipótesis del “chantaje energético”; es decir, Estados Unidos, con su superioridad bélica y capacidad de accionar político-militar, aparece repetidamente como el garante de la seguridad energética de las otras grandes economías con las cuales compite, encontrando en ello un excelente contrapeso ante coyunturales desventajas y disputas ocasionales que sostiene en materia económica, comercial o tecnológica con Europa y Japón.

## ■ Terrorismo, guerra e inteligencia

Desde un primer momento, tanto la inteligencia estadounidense como la enorme mayoría de los servicios especiales occidentales señalaron a Osama Bin Laden y a su organización *al-Qaeda* como los principales sospechosos detrás de los atentados en Nueva York y Washington. Si bien es cierto que Osama ha negado su participación en estos hechos, de cualquier manera algún grado de correspondencia debe existir entre su fuerte verbo, su organización y alguna acción concreta de las muchas que se le imputan. Ya eso es más que suficiente para que sea un blanco predilecto para Estados Unidos en las actuales circunstancias.

Efectivamente, Bin Laden es el líder reconocido de esta organización que cuenta con una estructura bien definida, instancias decisoras y toda una red de células presentes en decenas de países, e integrada por sujetos de diversas nacionalidades. Hoy (noviembre de 2001) es importante especular respecto al nivel de maniobrabilidad que facciones dentro de *al-Qaeda* hayan podido tener para desarrollar tales acciones, qué otros grupos de base islamista puedan haber llegado a materializar tales planes, o en qué medida los resultados pueden ser el fruto de coordinaciones entre células e individuos pertenecientes a grupos distintos.

Washington ha acusado reiteradamente a *al-Qaeda* de ser responsable de varias acciones: ataques contra soldados norteamericanos en Somalia, atentado contra instalaciones militares norteamericanas en el este saudita, los dos atentados contra sus embajadas en Kenya y Tanzania, el golpe contra el navío de guerra USS

Cole en Yemen, etc. Aunque Estados Unidos las engloba a todas automáticamente dentro del concepto de “acciones terroristas”, hay algunas de ellas que, en nuestra opinión, y por haber estado directamente dirigidas contra objetivos militares y en escenarios bélicos, no pueden ser catalogadas como tales, pues se ajustarían mucho más a lo que en las actuales definiciones de la teoría militar se consideran como “amenazas y acciones asimétricas”. Consideramos acción terrorista, y siempre absolutamente rechazable, a aquella acción violenta que genere víctimas civiles inocentes y que tenga como un objetivo importante crear pánico generalizado.

Luego de la derrota y retirada soviética en 1989, Afganistán se mantuvo hasta 1992 bajo la dirección de Najibullah, tradicional figura muy cercana a Moscú, hasta que definitivamente los *mujahedines* (guerreros de la *Jihad*), forjados durante años de lucha contra las fuerzas militares soviéticas —ateas y comunistas—, lograron ocupar el poder en Kabul, con una fuerte y lógica inspiración islamista.

Pero las tradicionales luchas violentas entre facciones políticas y etnicoclánicas distintas siguieron marcando el ritmo de los nuevos reacomodos y reconfiguraciones del poder central que se pretendían alcanzar. Así, el gobierno internacionalmente reconocido del tadjiko Burhanuddin Rabbani fue derrocado en 1996 por los llamados talibanes (representantes de una visión absolutamente extremista engendrada durante años de instrucción ideológica religiosa en las *madradas* o escuelas coránicas en Paquistán y Arabia Saudita), integrados fundamentalmente por elementos de la rama Durrani dentro de los Pashtun. Al tomar el poder, este grupo de inspiración extrema aplicó interpretaciones político-sociales ortodoxas y conservadoras hasta extremos increíbles, y que fueron rechazadas dentro del propio mundo islámico. Por ello, luego de varios años en el poder, los talibanes y su proclamado Emirato Islámico de Afganistán solamente habían sido reconocidos por tres países tradicionalmente vinculados a ellos durante largos años de lucha antisoviética y de trabajo por engendrar un proyecto islámico de corte radical: Paquistán, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos.<sup>4</sup>

El rechazo a los excesos talibanes se explica por la imposición de determinadas prácticas sociales, especialmente el régimen discriminatorio absoluto implantado contra las mujeres, los crímenes de “lesa cultura” cometidos contra la religión budista y el desprecio absurdo de avances tecnológico-científicos, entre otros fac-

<sup>4</sup> Riyadh y Abu Dhabi decidieron romper relaciones con el talibán en el mismo mes de septiembre.



tores. El comentado apoyo brindado a otros movimientos de base islámica en la región, especialmente del Cáucaso y Asia Central, provocaron preocupaciones estratégicas no sólo en Rusia con su crisis en Chechenia, sino en varias de las ex repúblicas soviéticas afectadas. Por otra parte, las matanzas cometidas por los talibanes contra la población hazara shiita estuvieron a punto de desembocar en un conflicto armado entre Irán y los talibanes a fines de 1998. En el terreno, la Alianza Opositora del Norte, integrada por diversas agrupaciones político-militares de variada base etnolingüística, logró conservar todo el tiempo su condición de principal eslabón de resistencia armada antitalibana.

Respecto a la acción terrorista y suicida contra objetivos en New York y Washington, hay que tener en cuenta que la esencia de la doctrina islámica condena tanto al suicidio como la muerte de inocentes en actos violentos, por lo que tales actos fueron repudiados por la comunidad islámica mundial.

En el Corán (Azora II, 186) se recoge: “Combatid en el camino de Dios a quienes os combaten, pero no seáis agresores. Dios no ama a los agresores”. En sentido estricto, la *Jihad*<sup>5</sup> sólo puede ser declarada como respuesta defensiva ante una agresión. No obstante, las tradicionales acciones cometidas por el colonialismo occidental y Estados Unidos contra poblaciones y territorios islámicos, su interés de dominación económica y estratégica, así como su apoyo constante a Israel, son interpretados por algunos sectores de pensamiento como agresión contra el Islam.

El culto al martirologio, es decir a morir en una acción como mártir en defensa de una causa y siguiendo el camino de Dios, es un principio fundamentalmente del shiismo, pero no exclusivo a él. En el Corán no existe nada que apoye al martirologio, pero sí hay algunas ideas al respecto recogidas en los *hadith* (aquello que el profeta Mahoma dijo o hizo). En ellos se dice que los mártires tendrán un lugar especial en el paraíso, muy cercanos a Dios. De todas formas, sí queda muy claro en el Corán la prohibición de asesinar inocentes, acto que “equivale a cometer un asesinato contra toda la humanidad”.

<sup>5</sup> *Jihad* significa literalmente “hacer un esfuerzo”, luchar. Es un concepto muy importante del Islam que no quiere decir exclusivamente luchar en el campo de batalla en autodefensa, o combatir contra la tiranía y la represión, sino también tiene importantes implicaciones respecto a la purificación espiritual individual y al esfuerzo por mejorar la calidad de vida de la sociedad.

La clave, de cualquier manera, está en comprender que hoy nos encontramos con muy diversas formas de interpretar y aplicar los textos islámicos y de inspirarse en una rica tradición de pensamiento y de acción acumulada durante siglos. Existen muchos tipos de Islam en dependencia a condicionamientos políticos, estratégicos y clasistas. Tal heterogeneidad no es exclusiva del Islam, y podemos encontrarla perfectamente en cualquier otra doctrina religiosa o filosófica.

Es muy importante tener en cuenta las diferencias entre los conceptos de “lo árabe” y de “lo islámico”, pues durante la actual crisis han aparecido, en muchas ocasiones, tratados de manera confusa. Afganistán es un país multiétnico-lingüístico, pero no es un país árabe. Probablemente, las confusiones se generan a partir de haber sido Osama Bin Laden<sup>6</sup> un árabe “huésped” durante años del gobierno talibán. Hoy existen igualmente en Afganistán miles de ex *mujahedines* árabes, es decir, guerrilleros de nacionalidad, cultura e identidad árabe que se unieron a la *Jihad* en contra de la intervención militar atea soviética, sobre la base de su común credo islámico y que ejercen presión notable sobre determinados acontecimientos en el país.

Al encontrarse Bin Laden en territorio afgano, y ante la negativa del gobierno talibán a entregarlo a las autoridades norteamericanas, Washington decidió desarrollar una acción bélica contra el gobierno de Kabul, anunciando no sólo su objetivo primordial de capturar o eliminar a Bin Laden, sino igualmente golpear su organización y comenzar toda una estrategia de lucha antiterrorista a escala mundial, anunciada para un periodo de diez años. Sin embargo, para el desarrollo de este plan se hizo imprescindible, desde el primer momento y mucho más que en otras experiencias bélicas recientes, poner en el centro la recopilación y análisis de información de inteligencia, la coordinación de estrategias políticas y militares con un sinnúmero de actores internacionales, así como lograr un acercamiento e intercambio inmediato con actores regionales diversos y sus respectivas estructuras de seguridad e inteligencia. Todo ello ha obligado a que la administración Bush, si bien mantenga un elevado papel protagónico mundial, tenga que recurrir a la

<sup>6</sup> En los últimos meses se ha dado a conocer abundante información sobre Osama Bin Laden, su papel en los años de lucha contra las tropas soviéticas; su estrecha vinculación a la CIA en esa época, su posterior regreso al reino de Arabia Saudita, del cual fue expulsado por su animosidad en contra de la estructura monárquica y por su rechazo a las estrechas relaciones, incluso militares, entre Riyadh y Washington; sus años en Sudán hasta que Khartoum decidió comenzar a descomprimir su problemática agenda de violencia con Occidente, y su regreso al Afganistán de los talibanes, en 1996, con sus importantes recursos financieros y redes internacionales en apoyo a tal causa extremista.

concertación en variados niveles, y consecuentemente debilitar su inicial unilateralidad absoluta.

En la nueva coyuntura, Washington se ha visto, entonces, obligado no sólo a profundizar los contactos lógicos con la inteligencia británica —con agudo y tradicional dominio de las mecánicas de conflicto en esta región— y otras agencias de seguridad occidentales, sino que también ha tenido que recurrir súbitamente a la inteligencia militar paquistaní como principal conocedora del movimiento talibán, coordinar con la política y las fuerzas militares paquistaníes para lograr el acceso estratégico necesario, restablecer canales totales de comunicación tanto con Islamabad como con Nueva Delhi —ambos inmersos en su largo y tenso conflicto en Cachemira—, negociar con Moscú para lograr un canal fluido de comunicación en materia de inteligencia sobre movimientos islámicos en la zona, probablemente establecer nuevos arreglos y acuerdos respecto a temas como el checheno y, especialmente, garantizar la mejor comunicación posible con actores de Asia Central como Uzbekistán y Tadjikistán, claves para las acciones militares desde el norte afgano.

Irán también tiene que haber recibido un alto nivel de atención en aras de buscar importantes intercambios informativos estratégicos, al menos indirectamente. Irán ha tenido notables contradicciones con el gobierno talibán, y cuenta con un avanzado dispositivo fronterizo para el control y combate del tráfico de drogas. Luego del 11 de septiembre, Irán ha reconocido la necesidad de luchar contra el terrorismo, y ha mostrado su decisión de cooperar en tal empeño, aunque propone que esta lucha sea dirigida por las Naciones Unidas y no por Estados Unidos. De cualquier manera, Teherán declaró inmediatamente que cerraría y fortalecería su frontera, lo que de hecho se convirtió en una importante jugada estratégica regional, la que, además, le sirvió para evitar que aumentara el flujo de refugiados afganos hacia su territorio. Igualmente, han circulado algunas especulaciones de inteligencia, en las actuales circunstancias, respecto a que Estados Unidos está confiado en que puede avanzar su intercambio en materia de inteligencia con Irán, y que algunas garantías y seguridades han sido dadas a conocer por los servicios especiales iraníes.

Las dificultades de la acción bélica estadounidense en Afganistán están muy ligadas tanto a la complejidad de estructuración etnicolingüística y clánicotribal existente en el país, como a su exagerada topografía. Así, desde los primeros momentos, los estrategas estadounidenses han señalado que se distanciarían de las

tácticas de ocupación territorial que llevaron al fracaso tanto a fuerzas británicas en el siglo XIX como al ejército soviético en el XX. Que estas acciones bélicas emplearían una conjugación de armamento avanzado con operaciones militares puntuales, más un trabajo con los elementos locales, en aras de debilitar considerablemente la capacidad militar talibana y permitir que el movimiento opositor logre derrotarlos, pero manteniendo un equilibrio y evitando que un apoyo excesivo incline exageradamente la balanza del poder en otro sentido y se reproduzca otro ciclo de dominio no compartido en Kabul.

La elevación de la capacidad de inteligencia también es esencial para que los golpes militares sean lo más eficaces y precisos posible evitando al máximo tanto las bajas de efectivos (evitar el síndrome de Viet Nam) como los llamados “daños colaterales” equivalentes a muertes de civiles inocentes, daños que contribuyen a la creciente oposición antibélica en muy diversos contextos mundiales. El empleo del llamado “armamento inteligente” no es garantía para evitar la muerte de inocentes, tal como ha quedado demostrado en conflictos como el de Iraq o los Balcanes. Además de sus todavía presentes imperfecciones operativas, su efectividad es afectada por los errores humanos al momento de suministrar programas e informaciones. De nuevo, para ello es y será imprescindible el perfeccionamiento de recopilación y análisis informativo, el trabajo de inteligencia.

Un gran desafío será la reconstrucción de un escenario político postalibán en el cual encuentren un espacio adecuado todos los principales grupos etnicolingüísticos del país, así como sus complejas estructuras de poder local, al estilo de las dinámicas de equilibrio logradas durante decenios de monarquía. Ello no quiere decir que esa sea la estructura exacta por reproducir ni que se deje de tener en cuenta las nuevas particularidades presentes en las dinámicas del conflicto interno afgano. El reto de la reconstrucción afgana es enorme y estará repleto de dificultades y, seguramente, una situación menos traumática que la actual para el pueblo afgano sólo podrá generarse a partir de un muy elevado y constante proyecto de cooperación de carácter regional e internacional.

La lucha contra el terrorismo es una tarea altamente compleja si tomamos en consideración la multiplicidad de motivaciones que pueden llegar a impulsar una acción de terror. Aunque las visiones estereotipadas de estos días intentan colocar a la región de Oriente Medio y al factor islámico como altamente conflictivos, es muy útil recordar que acciones de terror se han generado y generan a lo

largo de la historia en ambientes políticos, sociales, culturales y religiosos muy distintos entre sí. Así podemos observar, independientemente de los problemas de concepción y definición, una buena cantidad de acciones en que existiría un alto nivel de coincidencia universal para calificarlas de terroristas y cometidas por grupos extremistas de inspiración religiosa diversa, grupos con intereses secesionistas inspirados en un ultranacionalismo sin límites, grupos con convicciones mesiánicas, fascistas o racistas, o incluso grupos de reacción extrema frente a un proyecto de poder federal, como los que existen en el propio Estados Unidos.

A esta complejidad no podemos dejar de añadir casos y contextos en los cuales las enormes dificultades de índole económica y social, profundas frustraciones y huellas históricas causadas por prolongadas acciones de explotación, dominación y terror, así como el impacto constante de la agudización de la desigualdad, se convierten en caldo de cultivo ideal para expresiones de rechazo, rebelión y transformación que en determinados casos pueden llegar a niveles extremos de interpretación y acción. Por lo tanto, el enfrentamiento a todo ello requiere de acciones múltiples, complejas y coordinadas, que identifiquen los orígenes diversos y generen también respuestas variadas.

## ■ La CIA y el proceso de paz mediorienta

Casi todos los actores mediorientales tienen un importante papel que desempeñar dentro de la actual estrategia de política e inteligencia estadounidense para la zona. Incluso algunos de los considerados muy conflictivos y antagónicos a Estados Unidos han recibido creciente atención de Washington, sin importar que oficialmente sigan siendo considerados *Rogue States*. Así, las reuniones e intercambios recientes en materia de inteligencia con representantes de Siria, Libia y Sudán demuestran cómo las prioridades en materia de interés y seguridad nacional sobrepasan por mucho los cotidianos debates recogidos en el discurso político.

La revitalización de la Intifada a partir de octubre de 2000, como respuesta a las provocaciones de la extrema derecha israelí interesada en retornar al gobierno, y reflejando las ansias de independencia de la población palestina y su frustración ante el lento avance negociador, de nuevo llevó al proceso de paz mediorienta hacia un *impasse*. El fracaso de numerosas iniciativas pacificadoras y la continuidad

del ciclo de la violencia ha sido característico durante todo el año 2001. La estrategia de represión militar masiva, de “eliminación selectiva” y terror de Estado llevada adelante por el equipo Sharon ha sido repetidamente rechazada por la comunidad internacional por considerarla totalmente exagerada. Junto a las protestas populares palestinas y a sus legítimas demandas, se han desarrollado desiguales enfrentamientos entre grupos armados de ambos bandos, y en varias ocasiones se han consumado actos abiertamente terroristas, cuya autoría ha sido predominantemente —pero no exclusivamente— reclamada por grupos y facciones de inspiración islamista.

A pesar de la aguda polarización que ha traído consigo esta segunda *Intifada al-Aqsa*, la necesidad negociadora ha propiciado nuevas exhortaciones al cese de la violencia, a recuperar la confianza mutua, alcanzar concertaciones decisivas en materia de seguridad y retomar el diálogo de paz, al estilo del Informe Mitchell o de las gestiones mediadoras dirigidas por el jefe de la CIA, George Tenet. Si antes del 11 de septiembre tales requerimientos eran de gran utilidad, en la nueva coyuntura y ante los nuevos retos, la recuperación negociadora y de recomposición de las estrategias de actores regionales y extrarregionales se hace imprescindible.

El necesario incremento de la coordinación en materia de inteligencia con actores mediorientales, tanto de carácter islámico como árabe, ha obligado a Washington a generar nuevas presiones contra el extremismo del gobierno israelí de Ariel Sharon. Es obvio que cualquier primer contacto con estos protagonistas genera un inmediato cuestionamiento de la actitud estadounidense como aliado fundamental de Israel, y se convierte en marco ideal para expresar las frustraciones ante un fracasado y constantemente pospuesto proceso de paz mediorientales, derivado en buena medida de una estrategia dilatoria israelí y de su constante accionar militar.

Tales presiones de Washington han llegado a generar un tenso verbo de crítica bilateral y, de alguna manera, apuntan a una predilección por otras plataformas políticas israelíes menos extremistas, y más inclinadas hacia la continuidad del proceso negociador y a lograr arreglos según la plataforma negociadora de Oslo de 1993.

Paralelamente al desarrollo de fuertes enfrentamientos entre palestinos e israelíes, ambas partes han recurrido reiteradamente a sus estructuras de seguridad para intentar reiniciar sus contactos negociadores. En ello la CIA ha desempe-

ñado un papel clave al propiciar y presidir una buena parte de estos intercambios convirtiéndose en un canal predilecto.

En toda la historia de la Agencia es fácil encontrar numerosos ejemplos de acciones agresivas que han incluido desde asesinatos de figuras políticas, programas de desestabilización y subversión política y económica, hasta golpes de Estado, en todas las áreas geográficas del mundo, en todo tipo de coyuntura política internacional, pero siempre, obviamente, en función de los intereses nacionales de Estados Unidos.

Sin embargo, no estamos muy acostumbrados a ver a la CIA como una vía de interconexión entre elementos diversos e incluso antagónicos, o como instrumento de mediación con alto nivel de protagonismo en un proceso negociador como el palestino-israelí de los últimos años. Tal curiosidad merece atención, pues ello, además de seguir dando luz sobre una de las funciones menos conocidas de la Agencia, también, en alguna medida, es indicador de los reajustes que se han venido dando en la misma, y que se podrán profundizar en el futuro inmediato ante los nuevos retos y necesidades de Washington.

La administración Clinton estuvo altamente comprometida con el proceso de paz mediorienta, en un estilo que conjugó un elevado activismo diplomático con una marcada acción presidencialista, y empleó a la CIA como útil instrumento de conexión palestina-israelí-estadounidense, como parte integral del proceso de paz.

No obstante, el alto grado de participación pública de la Agencia y, especialmente, de su actual director, George Tenet, ha generado fuertes críticas de parte de otros círculos de inteligencia, expertos y políticos en Washington, los que argumentan que este tipo de misión es incompatible con el papel tradicional de acometer acciones encubiertas para la obtención de información de inteligencia, su procesamiento y análisis. No sólo existe el riesgo de que consideraciones de tipo político comiencen a afectar su papel histórico de brindar información absolutamente objetiva a los encargados de modelar estrategias en Estados Unidos, sino que muchos de sus agentes pueden correr mayores riesgos.

Se supone, dicen los críticos, que la CIA sólo “aplique políticas” y no se dedique a “hacer política”, mientras que los defensores del actual activismo público argumentan que la CIA no está haciendo política, sino simplemente contribuyendo a su ejecución mediante una estrecha relación de confianza con las dos partes: israelíes y palestinos.

George W. Bush, desde su campaña electoral, criticó el nivel de participación y comprometimiento de Clinton con un proceso que no brindó los resultados esperados, y luego de asumir la presidencia se mostró inicialmente reacio a continuar tal política, optando por cierto nivel de distanciamiento de la región, que incluiría un paso atrás en el comprometimiento de la CIA. Aparecieron ideas tales como: “son las partes las que deben llegar a acuerdos”, “sólo recuperaremos algún papel mediador cuando haya disminuido la violencia y se haya recuperado el canal negociador”, “asistiremos, pero no insistiremos en una solución”. Aunque paulatinamente, y frente a la escalada de la violencia y a las presiones emanadas de tal situación, se ha dado una evidente reanimación del compromiso político norteamericano con tal mediación. De cualquier manera, tal posición inicial de la nueva administración se hacía poco creíble y sostenible, pues era difícil pensar que los estrategias estadounidenses se alejaran del principal conflicto regional que posee la capacidad de impactar en las otras muchas dinámicas de esta zona, altamente neurálgica, estratégica y clave para la economía mundial, como ya hemos señalado.

El nivel de participación logrado por la CIA en la dimensión palestino-israelí es un importante elemento para propiciar continuidad en el involucramiento regional de Washington. De cualquier manera, este llamado “nuevo papel” para la Agencia no es realmente nuevo, pues tiene una larga historia de vinculación a órganos de seguridad tanto israelíes como palestinos.<sup>7</sup>

No obstante, fue el presidente Clinton quien revitalizó e incrementó notablemente el papel de la CIA en el diferendo palestino-israelí, a partir de la firma de los Acuerdos de Oslo en 1993. Desde entonces, la CIA estableció un oficial permanente en Tel Aviv para facilitar la cooperación en materia de seguridad entre israelíes

<sup>7</sup> Las relaciones con el *Mossad* se remontan a 1951 (como instrumento clave de la política norteamericana hacia el Medio Oriente de la guerra fría), mientras que los contactos de la CIA con Arafat y al-Fatah datan de inicios de los años 70, cuando la Agencia fue utilizada como canal diplomático oculto que tenía el visto bueno de la Casa Blanca. Importantes contactos secretos entre la CIA y la OLP tuvieron lugar en Marruecos en 1976, y a partir de entonces la OLP y la unidad Fuerza 17 sostuvieron contactos con las estructuras de seguridad norteamericanas en Beirut. Ex oficiales de la CIA han asegurado que los palestinos contribuyeron a frustrar algunos planes y ataques contra instalaciones y funcionarios estadounidenses, y “realmente brindaron la protección más importante”. Pero también la CIA tuvo un papel de facilitador a comienzos de los 80, cuando posibilitó la evacuación de la OLP de Líbano hacia Túnez.

Aunque estos contactos se mantuvieron, disminuyeron notablemente luego de los atentados en Líbano durante los años de Reagan. Sólo en los últimos meses de esta administración, en 1988, fue cuando se autorizó la reapertura de un canal secreto con la OLP.



y palestinos, y progresivamente la administración Clinton aumentó la ayuda encubierta a los palestinos para perfeccionar sus operaciones de seguridad, incluyendo el suministro de información de inteligencia sobre actividades de grupos y militantes islámicos competitivos de Arafat y de la OLP.

La misión de la CIA en Tel Aviv fue expandida y formalizada durante las negociaciones de 1998 en Wye Plantation, al insistir ambas partes en la utilidad del canal mediador en una persistente atmósfera de desconfianza mutua. En el memorándum acordado entre Clinton, Arafat y Netanyahu se estableció que Israel devolvería territorios a cambio de que la Autoridad Nacional Palestina (ANP) tomara medidas más fuertes para dismantelar la infraestructura de grupos violentos y evitara el mayor número de ataques contra los israelíes. La CIA se encargaría del trabajo de supervisión de ambos actores, profundizando su trabajo para la identificación de determinadas células militantes palestinas, el control del tráfico de armas y la recopilación informativa. Posteriormente, y sobre la base de este mismo texto, se firmaron, en octubre de 2000, los acuerdos de Sharm el-Sheikh, cuyos compromisos en materia de seguridad se mantuvieron en secreto, pero se supone que reactivaron la misma filosofía central. Según Dean Klovens, experto en temas de inteligencia:

Durante los dos últimos años, agentes bajo el mando del jefe de la estación CIA en Tel Aviv han monitoreado activamente las actividades de seguridad de Arafat, supervisado el desplazamiento de efectivos israelíes y palestinos, verificado la reducción numérica de la fuerza policial palestina, han seguido los esfuerzos palestinos para arrestar a sospechosos terroristas, asegurando además que ningún presunto terrorista sea contratado como oficial de seguridad. La Agencia también ha sido oficialmente encargada de monitorear los esfuerzos israelíes por controlar las provocaciones de los habitantes de los asentamientos en Gaza y Cisjordania, así como prevenir actos de terrorismo, crimen y hostilidad dirigidos contra los palestinos. Además, los oficiales de la CIA estacionados en Tel Aviv se reúnen regularmente con los representantes palestinos e israelíes para tratar de resolver las disputas, ayudar en el control de los puntos fronterizos y revisar otros asuntos de seguridad.

Para estas tareas, la CIA ha establecido estrechas coordinaciones con la Inteligencia General Palestina (*Mukhabbarat al-Amma*), el Servicio de Seguri-

dad Preventiva, y con varios departamentos de inteligencia israelí (*Mossad*, *Shin Bet*). Hasta muy recientemente se realizaban reuniones quincenales para revisar los pasos dados por la ANP para eliminar las células terroristas y estructuras de apoyo para los grupos terroristas.<sup>8</sup>

Muchos expertos han asegurado que, a pesar de los fuertes lazos históricos entre la CIA e Israel, la Agencia ha logrado profundizar sus niveles de comunicación y confianza con las nuevas estructuras de seguridad palestina, mediante la asesoría, el financiamiento y el intercambio de información de inteligencia.<sup>9</sup>

Obviamente, la cooperación palestina con la CIA tiene también aspectos desventajosos. Por ejemplo, durante las conversaciones de Camp David, en julio de 2000, la CIA presionó fuertemente a Arafat para que éste aceptara entonces las propuestas negociadoras de Clinton y Barak. Además, en la medida en que buena parte de los datos de seguridad palestina son conocidos no sólo por la agencia sino también por los servicios de inteligencia israelí, resultan de enorme utilidad a la hora de presionar y golpear militarmente a las estructuras elites de seguridad de la ANP.

Para la dirección palestina, desarrollar relaciones con la Agencia equivale a hacerlo con Estados Unidos, contar con un contrapeso ante las demandas de seguridad israelíes y evitar cooperar exclusivamente con Israel, lo que sigue siendo

<sup>8</sup> "The CIA in the Peace Process", *Middle East Intelligence Bulletin*, vol. 3, núm.1, enero, 2001, <http://www.meib.org>

<sup>9</sup> La estructura de seguridad palestina, encargada hoy de múltiples tareas y de, por ejemplo, controlar la disolución de Tanzim, dispone de seis servicios principales con un total de 35 mil hombres. Formada desde los inicios de la ANP, en 1994, como resultado de los acuerdos de Oslo de 1993, la seguridad palestina se integró con miembros de la OLP y de al-Fatah en particular, y aparece estructurada de la siguiente forma:

- Policía palestina, dirigida por el general Ghazi Jeb Ali, asume las tareas de mantenimiento del orden, con armas ligeras y algunos blindados.
- Los servicios de inteligencia del general Amin al-Hindi.
- La seguridad preventiva, dirigida por el coronel Mohammed Dahlan en Gaza y por el coronel Jibril Rajub en Cisjordania, ha sido activa en la lucha contra los atentados antiisraelíes.
- La Fuerza 17 del General Fayzal Abu Charj, responsabilizada de la protección del presidente palestino. Sus bases han sido muy golpeadas en los últimos tiempos por los ataques del ejército israelí.
- La policía marítima, dirigida por el general Joma Abu Gali.
- La seguridad pública, dirigida por el general Nasser Yussef, con su propio servicio de inteligencia, dirige la policía de fronteras y un núcleo de la policía militar.

La ANP dispone además de servicios de inteligencia militar y un servicio de defensa civil.

impopular en Gaza y Cisjordania. Ello también le permite lidiar con organizaciones rivales como *Hamas* y *Jihad* islámica,<sup>10</sup> las que, además de criticar la política de diálogo arafatista, insisten en que la opción liberadora palestina radica en la continuación de la resistencia y el desarrollo de operaciones militares.

Además de los retos de base islámica para la actual dirección palestina, las fracturas dentro de la propia estructura de la OLP y del grupo *al-Fatah*, particularmente, complican aún más la situación política y de seguridad, pues se convierten en un serio problema en medio de una atmósfera de frustraciones palestinas y de incremento de la violencia del conflicto. Incluso algunas especulaciones de fuentes de inteligencia<sup>11</sup> han señalado que los militares israelíes, dentro de su política de “eliminaciones selectivas”, han realizado también algunas acciones contra elementos de *al-Fatah* que ya no son leales a Arafat, y que, además de haber planificado golpes de estado contra Arafat,<sup>12</sup> han instigado la conformación y acciones de las conocidas milicias *Tanzim*.<sup>13</sup>

Aunque en diversas etapas del conflicto palestino-israelí la dirección de la OLP ha dado órdenes tácitas para obedecer un cese del fuego, existen evidentemente varias dinámicas, elementos y factores que escapan del estricto control central. En otros momentos, sin embargo, actitudes más laxas y difusas pudieron también haber obedecido a la permanente necesidad de Arafat de buscar equilibrios políticos en medio de tanta diversidad y retos, dentro de la propia dinámica

<sup>10</sup> Además de *Hamas* y *Jihad* Islámica aparecen otras organizaciones también activas, pero de menor importancia, tales como: *Hezbollah* Palestina, las Fuerzas Umar al-Mukhtar, los Mártires de al-Aqsa, y los Batallones de Salah al-Din.

<sup>11</sup> “Israel Fights Arafat’s Domestic Battle”, *Stratfor. Global Intelligence Update*, 10, noviembre, 2000, <http://www.stratfor.com>

<sup>12</sup> “Secret European report: Revolt against Arafat a possibility”, 12, noviembre, 2000, <http://palestinechronicle.com>

<sup>13</sup> Las milicias *Tanzim* han sido un fenómeno característico de la Intifada al Aqsa. Aunque *Tanzim* carece de una estructura sólida, y actúa en células más o menos independientes, especialmente en Cisjordania, donde la organización cuenta con mayor fuerza, el gobierno de Israel la ha considerado responsable de la mayor parte de los incidentes armados derivados escenificados en la actual crisis, por lo que varios de sus dirigentes han sido objeto de atentados preparados por la seguridad israelí. El hecho de que muchos de sus integrantes lo sean, a la vez, de los cuerpos de la policía palestina y del grupo *al-Fatah*, que encabeza el propio Yasser Arafat, ha creado cierta confusión en cuanto a la autoría de sus acciones. El primer ministro, Ariel Sharon, siempre ha resuelto este dilema responsabilizando directamente al presidente palestino y golpeando militarmente a sus cuerpos de seguridad, mientras que el propio Arafat arremetió contra esta tendencia contestataria intrapalestina al lograr que el Alto Consejo de Seguridad Nacional tomara la decisión de disolver a *Tanzim*.

palestina, frente a la conducta israelí, o tomando en consideración los efectos de otros muchos actores regionales e internacionales.

A pesar de que el llamado al cese del fuego y los consecuentes esfuerzos de los organismos de seguridad palestina han sido muy fuertes y decididos luego de las acciones del 11 de septiembre, ello no ha podido evitar la continuación del ciclo de violencia y terror, el cual no es sólo responsabilidad de diversos actores palestinos, sino que también ha sido constantemente revitalizado con las fuertes acciones militares israelíes.

Un objetivo central de la dirección palestina, en los actuales momentos, es profundizar al máximo la cooperación de inteligencia con Washington, ser absolutamente transparente y decisiva en su lucha contra el terror, e incluso lograr que Estados Unidos presione y controle la agresividad de Israel y que lo obligue a regresar al canal negociador. Mientras que Israel trata de utilizar a fondo la actual coyuntura internacional de lucha contra el terrorismo para intentar justificar sus preocupaciones y acciones en materia de seguridad y debilitar la esencia de liberación nacional palestina.

A pesar de la agudización del ciclo de la violencia palestino-israelí y del escaso avance de la plataforma negociadora mediorienta, el intercambio de información de inteligencia y los acuerdos de seguridad serán centrales en aras de alcanzar objetivos superiores, un ambiente pacífico y una nueva etapa de desarrollo regional. La CIA podrá seguir siendo un instrumento efectivo en la mediación estadounidense, por su alto nivel de información y buena comunicación con las dos partes, y estaría en condiciones de desempeñar un papel equilibrado a la hora de señalar responsabilidades respectivas y exigir compromisos. No obstante, para ello será imprescindible que se genere una posición política más equilibrada de Washington hacia los actores en conflicto, pues es absolutamente incompatible desarrollar una conducta realmente de “mediación” si se persiste en el desarrollo privilegiado de una profunda relación estratégica con Israel. Un enfoque más integral hacia todo el Medio Oriente será de gran utilidad para que la comunidad de inteligencia estadounidense encuentre respuestas y soluciones a viejos y nuevos retos regionales.

El perfeccionamiento y la coordinación del trabajo de inteligencia y seguridad en el ámbito internacional serán retos inmediatos en la lucha mundial contra el terrorismo, en la cual la región del Oriente Medio tendrá un notable, aunque no

exclusivo, espacio. Como meta para todos, queda llevar adelante el fortalecimiento de las mecánicas de seguridad, sin que ello se convierta automáticamente en eliminación de derechos y libertades, y sin que sea de nuevo reactivado un “discurso de seguridad” que legitime la represión a cualquier tipo de protesta o pensamiento alternativo, tanto a escala local como global.



